

TOL 72315

TOLEDO. CAPITAL DE ESPAÑA PARA EL AÑO 2000

## DISCURSO DE INGRESO

Toledo, 17 de febrero de 1980.

Señoras y señores:

Sé que mis primeras palabras deben ser de gratitud a los ilustres miembros de esta Real Academia por el honor que me han hecho al incorporarme a sus tareas y, sobre todo, al incorporarme a esta élite de investigadores y artistas, de estudiosos y creadores, permitiéndome unir mi nombre para siempre a los de los San Román, Julio Pascual, Lillo Rodelgo, Enrique Vera —de quien fui alumno poco meritorio en la Escuela de Artes y Oficios— Ismael del Pan, Eduardo Juliá, Constantino Rodríguez, que fueron también mis profesores en otras disciplinas, y no continuó la relación aunque aún hay entre los doctos académicos alguno de quien recibí enseñanzas vitales para mi formación literaria, lecciones que son parte de mí, riqueza adquirida a través de su talento, de su sabiduría y han contribuido poderosamente a despertar mi sensibilidad y a mi equipamiento intelectual y moral; intelectual por cuanto me enseñaron; moral por su ejemplaridad.

Palabras que deben ser de gratitud, y esto es lo malo. Porque pudiera parecer que hablo en son de obligada cortesía, que mi gratitud es una rutinaria combinación de buenas costumbres y de la educación que uno recibió en el colegio de los Hermanos Maristas y en el instituto que antes fuera universidad y ahora vuelve a serlo; inolvidable colegio e instituto, escenarios de tantos pequeños acontecimientos que nos marcaron para siempre. Y eso es lo malo, repito: que dar las gracias sea costumbre, sea un deber, porque no he venido a cumplir una formalidad; estoy agradeciendooos con toda mi alma esta generosa decisión, porque de todas cuantas satisfacciones pueda recibir el hombre en el ejercicio de su vocación o en su simple andar por la vida con buena fortuna y algún éxito, nada le enorgullece tanto como la más mínima alabanza de los suyos, de quienes lo conocieron sin hacer, sin fama y sin tratamiento de excelentísimo señor, sus compañeros de

juegos, sus primeros maestros, el viejo barbero que cada verano le dejaba la cabeza sin más fantasía que el pequeño, rebelde y mínimo flequillo sobre la frente. Entrar en esta Real Academia —mi corazón os habla— es el mayor honor para mí, y lo considero tan alto que, bien lo sabéis, nunca lo esperé por demasiado y aún me es difícil hacerme a la idea de que sobre mi pecho pueda lucir la honrosa medalla de numerario.

Llego a esta gran ocasión como consecuencia de una grave pérdida para la Academia, para Toledo y para el arte sin fronteras. Esta sí que es dura ley; morir. La muerte me dejó esta vacante y se llevó a un gran artista, a un hombre bueno, a mi predecesor, el Ilmo. señor don Mariano Moragón Miguel.

Pertenecía Moragón a la gran familia milenaria de los artesanos de Toledo; milenarios oficios y artes el de la armería, siquiera fuese en piedra de sílex, y el de la cerámica, tan viejo como la Creación, pues en coplas se dice, y verdad es, que Dios fue el primer alfarero y el hombre el primer cacharro. Una ciudad como ésta, en la que Dios me concedió la gracia de nacer, ha necesitado, y necesita cada día más, la asistencia cuidadosa, el amor y el celo del artista y del artesano. Toledo los tiene y los tuvo siempre, artesanos artistas, artesanos creadores no limitados a la repetición de modelos heredados, sino entregados por una parte a la conservación de lo más valioso de aquellos imperfectibles legados del pasado y de las técnicas que les dieron forma y perennidad, y por otra a la creación de formas nuevas y técnicas más afinadas, no más modernas en el sentido de bastardearlas con adelantos maquinistas, serializadores y artificiosos, sino con la aportación de valiosos y útiles descubrimientos; y de idéntica manera que la prehistoria recoge el paso del pedernal al hierro, al cobre y al bronce, del fetiche casi amorfo a la Capilla Sixtina de Altamira, así nuestros artesanos pasaron del cuenco de barro al ánfora y al fastuoso alicatado, incansables en la renovación de técnicas que permitían mayores audacias, nobles audacias creadoras que ensanchaban el horizonte del artesano artista, que hacían sus manos en el quehacer artístico más capaces, más creadoras y realizadoras, más dueñas de perpetuar en la obra bien hecha la inspiración del enamorado de la materia para ennoblecerla y transformarla, del enamorado del hierro, del mármol, del oro y la plata, del yeso, la madera, los óleos, tintes, granitos, pieles, telas o la humilde y liviana hoja de papel y el cálamo o el dócil carboncillo con los que tantas veces, de seguro, inició Mariano Moragón el trabajo que más tarde sería

opulenta embriaguez de oro y plata incrustados con aliento, a la vez sabio e inspirado, en el perdurable tálamo de hierro dulce y acogedor en donde las manos del artista consuman con amor las nupcias de los metales sin fundirlos, sin despojarlos de su naturaleza peculiar; unidos cada uno en su pureza, intacta su personalidad diferente, como los amantes, como el hombre y la mujer que son más hombre y más mujer cuando más unidos están en el amor. Y bien sabe Dios que no me estoy refiriendo sólo al amor de los sentidos, a lo meramente físico, sino a la armónica unión de dos seres y dos almas, diferenciados y hechos el uno para el otro, para que cada uno de ellos se sienta, como es moda decir ahora, realizado en el otro.

Mi padre también fue uno de esos artesanos; me crié en un taller. mi infancia está llena de olores, el olor del recuerdo, la memoria de aquellos olores fuertes, del olor natural y propio de las cosas de Dios, el pino, la cera y, también, el ébano y la caoba, y los olores del barniz, la cola y la esencia trementina; por eso tuve oportunidad de conocer en la honesta y austera intimidad de sus blusones y sus monos tiznados a algunos de estos artesanos artistas; pude verlos trabajar en sus talleres modestos de los que salían obras de arte no sólo para las casas humildes o ricas de Toledo, sino para palacios e instituciones de todo el mundo. Así conocí a otro Moragón, Daniel, trabajando humildes farolillos y vitrales policromados dignos de la Santa Iglesia Catedral Primada, muy cerca de esta casa, ahí mismo, en las Tendillas; y Silos, que forjaba hierros en la plaza de Marrón, y de allí conservo el primer recuerdo de unos vulcanos achaparrados, sonrientes, martilleando el hierro; y Santiago Cardeña, carpintero en Santo Tomé, amigo fiel de un toledano de adopción, don Gregorio Marañón, un hombre que como El Greco, Victorio Macho y tantos otros encontró en Toledo su sitio. Yo iba a sus talleres desde muy pequeño, a llevarles encargos de mi padre, y con él fui por primera vez al de un hombre afable, menudo, a quien mi padre, poco más joven que él, llamaba respetuosamente don Julio; yo miraba con curiosidad, y no lo niego, con extrañeza, sus manos ennegrecidas y su ropa trabajada, marcada de óxidos y hollines. Nos enseñó unos herrajes que estaba haciendo para mi padre, y al paso, acarició unas piezas grandes, muy barrocas: «Esto —dijo— va para Nueva York» y lo dijo sencillamente. Va; no dijo «lo mando», sino «va», como si reconociese en su obra voluntad propia y medios para realizarla; alma y cuerpo. Allí mi padre me señaló algo de lo que don Julio estaba muy orgulloso: una inscripción en cerámica toledana

recordaba que aquel taller había sido visitado por Su Majestad don Alfonso XIII; era el taller de don Julio Pascual, que dirigió esta Academia durante veinte años antes del hasta hace pocas semanas director, cuya vida, admirado don Francisco, guarde Dios muchos años para bien de esta casa y de Toledo. Y a mayor gloria de un personaje histórico por el que siento algo más que devoción, apego y un fascinado sentimiento de familiaridad: el rey Wamba.

Y, hablando de aquella cerámica surge el recuerdo de otro artesano artista; era obra de Angel Pedraza, don Angel Pedraza —se ganaban el *don* con humildad, con el corazón y las manos—. Obra de Pedraza hay por todo el mundo; cerámicas desde la estación de Aranjuez hasta el Museo de Filadelfia, trabajó con amor la escayola y son innumerables los esmaltes realizados principalmente con destino religioso. Suyas son las maquetas del Alcázar para el Museo del Ejército y para el propio baluarte, los frescos de la Sala Capitular de Verano de la Catedral Primada. Y hoy su hija Esperanza es miembro ilustre de esta Academia. Ella es testigo de cómo aquel hombre sencillo vivía su arte; cómo él mismo, con fórmulas propias, fundía el oro y la plata para sus esmaltes.

Mariano Moragón fue no sólo un magnífico orfebre, un creador en el arte del damasquinado, fue un defensor rabioso de la pureza del arte y, al mismo tiempo, un renovador; Moragón, con su prestigio, sus conocimientos técnicos, su capacidad creadora, pudo caer en la tentación de industrializar el damasquinado abaratando el producto destinado a la gran masa del consumidor turístico que no aspira a llevarse de Toledo una obra de arte y se contenta con un recuerdo, un *souvenir*. Mariano Moragón se negó a la adulteración, tanto artística —empleando trucos sustitutivos del quehacer artesano—, como comercial y técnica. Amplió las posibilidades expresivas de su arte y fue fiel a su oficio y a su vocación, hombre orgulloso, noblemente engreído por su indudable e indiscutida valía. En el Boletín de esta Real Academia, anuario y crónica del curso 1966-67, figuran los discursos pronunciados con motivo del ingreso de mi admirado predecesor en esa Casa. Fue presentado por el académico, eminente investigador, profesor bueno, paciente y magnánimo, poeta intimista y claro, Clemente Palencia, y de aquel discurso voy a citar tres líneas:

«No he podido lograr de su modestia, referencia a los premios obtenidos, pero recuerdo el asombro de los que han acudido a sus grandiosas exposiciones...».

«No he podido lograr de su modestia»...

¿Qué más se puede pedir para retratar a un artista? No he conocido a un solo artista que no fuese hombre modesto —dejo aparte a los genios y a los locos, que no faltan en el gremio— porque el verdadero artista nunca está seguro de su obra; entre el impulso que le mueve a expresarse, a vaciarse en el mármol, en el lienzo, en el verso y lo que consigue con sus manos en la creación hay un puente misterioso, inmaterial por el que camina casi a ciegas: es el ser más necesitado del reflejo humano, del juicio o de la aceptación del prójimo, y hasta los premios y los honores son para él satisfacción fugaz porque en cada nueva obra han de cruzar otra vez el puente y sabe que nada es fijo ni seguro, que se está jugando otra vez su prestigio. Y así siempre.

Si su modestia le hacía callar, mi admiración no se ha contentado con tan mínimos antecedentes. He aquí algunos más, en la colmada biografía de mi antecesor. Ilmo. Sr. don Mariano Moragón y Miguel.

1925.—Primer Premio en la Sección de Arte Decorativo, Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid.

1930.—Cruz al Mérito Militar, con distintivo blanco (Servicios artísticos prestados en la F. N. A. de Toledo).

1946.—Primer Accésit de Artesanía Artística, IV Concurso Nacional de Artes. Círculo de Bellas Artes. Madrid.

1953.—Diploma de Honor y Medalla de Oro, I Exposición Internacional de Artesanía. Madrid.

1962.—Nombramiento de «Artesano ejemplar».

1971.—Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo, concedida por S. E. el Jefe del Estado.

1974.—Primer Premio de la I Semana Internacional de homenaje a nuestros mayores. Madrid.

1977.—Y feliz, aunque tardíamente, es nombrado Académico Numerario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

El discurso de Mariano Moragón ocupa en la «Memoria» una página, aunque se imprimiese en dos por generosidad del componedor. «Comprended —dijo— que a estas alturas de mi vida sería imperdonable caer en el pecado de la vanidad y del orgullo por este título que no

puede ser para mí otra cosa que un motivo más de agradecimiento a Dios...».

No me he resignado —repito— a tan poca cosa y acudí a su familia. Aún permanece vivo entre los suyos el recuerdo del maestro; emocionarme en su compañía ha sido sentirle vivir. Aún conservan obra inacabada; siguió trabajando hasta el fin de sus días, que fueron ochenta y dos años, y si en ellos vio recompensada su entrega a la vocación elegida con numerosas distinciones y desde muy joven conoció la alegría y el acicate del premio, del laurel, del reconocimiento público de sus méritos, fue ésta de conservarse lúcido y enamorado de su trabajo su mejor recompensa.

Yo también ingreso en esta Real Academia por mi condición de artista; soy creador de fábulas, inventor de gentes, seguidor modesto de la tradición novelística española. Pude salir de este paso, de este glorioso lance, como mi predecesor, con unas breves palabras de afirmación de mi voluntad de escritor, de gratitud a quienes me han traído aquí, y con el ofrecimiento de una muestra de mi trabajo. Ahí están, como credenciales de mi condición y como descargo de quienes me honraron abriéndome estas puertas, algunos de mis libros impresos y algunos de mis manuscritos; son estos algo muy querido de lo que me desprendo con dolor y con alegría. Con dolor, porque al escritor le es concedido el privilegio de conservar su obra, de no desprenderse de ella como el pintor, el escultor, el artesano; mi obra escrita queda para siempre en mis manos; desprenderme de una parte de ella se inflingirme una pérdida casi irreparable. Con alegría, porque sé que al ser inventariada en la biblioteca de esta noble casa queda ennoblecida con honor muy superior a sus merecimientos.

En esas páginas escritas, reescritas, machacadas por tachaduras y correcciones, es fácil apreciar lo que de artesano tiene todo artista, lo que hay de esfuerzo en cualquier obra de creación, lo que de taller tienen las míticas torres de marfil. No hay torres de marfil, sino cincelos, paletas, pentagramas y mazos de cuartillas; hay musas, sí, o un don, regalo de Dios, pero las musas no cincelan, no mezclan óleos, no acarrearán mármoles ni escriben; es necesario el esfuerzo, es imprescindible solicitar de los pulsos el esfuerzo que transforme, que materialice el soplo de las musas o el don de Dios. Ahí están las dudas, la autocrítica, la desesperada voluntad de perfección que sabemos inalcanzable, que es como un viento contrario que nos fatiga, que nos inclina a veces al desistimiento y nos recuerda que nada es conseguido sin lucha,

sin porfiar contra nuestras limitaciones, sin saltar por encima del mayor peligro, del más traidor peligro, el que verdaderamente pone en riesgo la vida del artista: la facilidad.

Con esto podría dar por terminado mi discurso. Sin embargo, deseo saborearlo, prolongarlo y, quizá devolviendo mal por bien, mantener aún durante un tiempo encadenados a sus asientos a aquellos que me concedieron el deber y el derecho de llegar a esta honrosa tribuna, y a todos cuantos me hacéis gracia de vuestra presencia.

Me disculpo, señoras y señores, por haberme extendido en este preámbulo más de lo que la prudencia y vuestra capacidad de aguante aconsejan; no he podido evitarlo: es un duro deber comunicarles que esto no ha hecho más que empezar, que solamente hemos llegado a la cabecera de pista y, como diría un comandante de aeronave, vamos a iniciar el vuelo: señoras y señores pasajeros, abróchense los cinturones; me temo que a continuación les esperan cuarenta y cinco minutos de zozobra a 12.000 metros sobre las nubes.

### *TOLEDO, CAPITAL DE ESPAÑA PARA EL AÑO 2000*

Confieso, para empezar, que si encabezé este trabajo con la proposición de un futuro fechado en el año 2000, no es porque estime que la imperial ciudad de Toledo haya de esperar tan largo plazo para recuperar su rango, nunca totalmente perdido, de capital de España. El ritmo histórico es hoy tan rápido, los acontecimientos se suceden a tal velocidad en todo el mundo que podemos esperar ser testigos de tan fausto suceso dentro de la próxima década, y que cuando los toledanos celebren en la noche del 31 de diciembre de 1999 anticipadamente, el tránsito del siglo xx al xxi, España toda cumpla ya, como una joven tradición de lustros, el rito pagano y propiciatorio de las doce uvas al son de las campanadas horarias de la Santa Iglesia Catedral Primada, con las tres graves saluciones de la Campana Gorda que, como solemne estrambote y sólo una vez cada año, se hará oír en la medianoche. Toledo será, o debería ser, entonces lo que tantas veces fue: capital de España y de las Españas, corazón primado y eminente de la Hispanidad.

En este cambio profundo que está experimentando el mundo, contemplamos multitud de signos aparentemente confusos en los que, claramente, se percibe una común determinación de regreso a los orígenes: han caído los mitos del progreso por el crecimiento, del bienestar

por el confort y del prestigio de las grandes urbes. Nueva York, Londres, París, Madrid, han dejado de ser la meta soñada, el lugar en donde todos quisieran instalarse y vivir; crece, tristón, un sentimiento de inferioridad entre los habitantes de las grandes urbes; confiesan su envidia hacia el provinciano, hacia el que vive lejos de rascacielos y semáforos, de colmenas humanas y atmósferas contaminadas; sentimientos de humildad o de frustración devuelven el respeto a quienes han sabido, o podido, conservar intactos sus entornos: ¡felices los antiguos! Bien es sabido el costo y el sacrificio que para los habitantes de Toledo y de otras ciudades históricas supone el mantenimiento de su habitat sin romperlo ni mancharlo: la Administración del Estado, y en particular la Dirección General del Patrimonio Artístico, son más eficaces en la acción protectora, restrictiva por oposición a lo dañoso, que en la ayuda a los poseedores del patrimonio que es siempre en estos casos pesadumbre semejante a la de las nobles familias venidas a menos, la de tantos obispos condenados a vivir en palacios hermosos e inhabitables, la de los castellanos imposibilitados para atajar la ruina de sus fortalezas: una manifestación dolorosa e injusta del peso de la púrpura.

De mejor o peor grado, Toledo ha sabido —quiero decir, los toledanos han sabido— soportar el peso de su púrpura y aquí está servida en bandeja, en la gran bandeja que es su plataforma natural casi abrazada totalmente por el Tajo, península gloriosa, asombro del mundo, espejo de culturas y convivencias, reliquia viva. Aquí está, servida sobre la bandeja de su berroqueño soporte geológico, la realidad viva del s. xv de tal manera que si hoy resucitasen Garcilaso, Isabel, Fernando, Rodrigo Díaz, Cervantes, Cisneros y tantos otros protagonistas de la Historia de España, podrían caminar por las calles de Toledo sin perderse, reencontrar vivos y actuales lugares que ellos conocieron y que desde entonces están donde estaban, en muchos casos con la misma función y casi siempre con el mismo nombre.

Hay, pues, razones históricas, políticas, económicas, culturales y, como resumen y compendio de todas ellas, razones ambientales —eso que alguien podría cómodamente calificar de «un no sé qué»— para que Toledo vuelva a ser capital de España, sede de la Corona, residencia de la Real Familia. Y no diré que me apoyo en un «no sé qué» misterioso, mágico; sé muy bien, en esta Casa lo sabemos todos, qué tiene Toledo y qué le permite esperar que el trono de España se reinstale aquí, honrándose y honrándonos: hoy más que nunca, descender geográficamente de Madrid a Toledo es un ascenso.



## RAZONES HISTORICAS

Ya dije que no soy erudito ni investigador, pero otros sabios varones y pacientes investigadores facilitaron el trabajo a quienes, como yo, se satisfacen con el testimonio de los doctos cuando no es sólo opinión y se presenta avalado por documentación fiable; y hablo de documentos existentes en los archivos de la Santa Iglesia Catedral Primada y del Ayuntamiento, y de eruditos como el canciller López de Ayala, su homónimo el conde de Cedillo, Martín Gamero, San Román, Pisa y los actuales académicos.

Son escasos los datos históricos que voy a recordar como fundamento de los derechos —o, al menos, las razones— para la reinstalación en Toledo de la capitalidad hispánica.

Para empezar, expongo a la consideración de quien corresponda el famoso privilegio del rey don Pedro I en el que comienza titulándose Rey de Castilla y —por este orden— de Toledo, León, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén y Algeciras, y señor de Molina.

«Porque hallé —declara el rey— que Toledo fue y es cabeza del Imperio de España del tiempo de los Reyes Godos acá...»; don Pedro de Castilla deja constancia de la capitalidad de Toledo desde los Reyes Godos hasta su propio reinado, y añade un valioso dato « porque lo falló así el Rey Don Alfonso, mi padre, que Dios perdone... Dios sabe que el perdón no lo pedía a causa del privilegio concedido por su padre a Toledo; eran otros pecados y otras razones, y así nos da la pista para emprender el camino hacia atrás, hacia lo que abusando de los tópicos, tan útiles, podríamos llamar «la noche de los tiempos», pasando, de camino, por el reinado de un toledano ilustre, don Alfonso X el Sabio. Toledano, sí, de nacimiento, a pesar de lo cual nunca tuvo en Toledo —hablo de nuestra época— la fama debida; yo he vivido en la calle de *Alfonso X el Sabio* que, como es sabido, todo el mundo llamó siempre calle de Jardines y no porque los tenga, que desemboca en la plaza de San Vicente, con sus árboles solitarios y empieza en uno de los más pequeños y menos floridos de la ciudad, en el llamado de *San Juan* por el vecindario siendo oficialmente plaza del *Padre Juan de Mariana*, abrumada en exceso por la imponente fachada de la iglesia de San Ildefonso, que raramente es señalada por su nombre verdadero, y lo es, también, por el de *San Juan*, como la plaza, en la que hubo una fuente de cuatro caños que fue la fuente de mi niñez, la fuente, y aquel pelado jardín que utilizábamos los alumnos

de los Maristas como antesala y aliviadero montaraz del patio de recreo colegial, justamente para recrearnos en juegos que en el otro patio nos eran prohibidos, juegos y transgresiones tales como trepar a los árboles y fumar los primeros cigarrillos, aquellos que nos hacían sentirnos anímicamente hombres y sobradamente mareados. Y siguiendo en la marcha atrás hacia esa lejanísima noche de los tiempos, llegaríamos a Alfonso VI, quien nos trajo otra vez la romanidad del habla que más tarde sería española, entonces dudosa y bastarda. Y los reyes moros, que por tal se tenía el de Toledo y era el siguiente en jerarquía al de Córdoba, que fue Califa; y don Rodrigo, por cuyos pecados perdieron España los godos, y Eurico que conquistó esta ciudad en el año 466; y, antes, Recaredo que la hizo residencia del rey, capital del Imperio en forma continuada y solemne, y no alternativa y pasajera como venían haciendo sus antecesores desde Eurico. Y no puedo dejar de citar, en este desordenado caminar hacia los orígenes, a un rey que siempre nos ha caído bien a los toledanos, Wamba, posiblemente, porque se unen en él circunstancias diversas, todas ellas favorables al buen recuerdo, quizá porque hizo de Toledo una gran ciudad llena de suntuosos edificios y doblemente fortificada con altas murallas y más altas torres y su nombre quedó en ellas, en sus piedras, grabado, destruido y vuelto a grabar para la posteridad en virtud de un raro afecto perdurable que no se da con frecuencia en nuestra gente; quizá porque rompe la monotonía de los nombres. En la lista de los reyes godos, Wamba es un descanso. Finalmente, por su figura singular de rey elegido, amado por el pueblo, rey que no deseaba la corona, conducido al trono a la fuerza, que muy evidentes debieron ser sus virtudes cuando así fue forzado a tomar el poder; Wamba, tan popular que hasta hubo quien tomó su nombre para marca de un café y no se hablaba en Toledo de otra cosa que del café Rey Wamba en una mezcla de amor y desacato que, a mi entender, llevó a la ruina a su inventor.

Roma no nos dio reyes, que su centro era ella misma; cuando quiso emperador hispano, a Roma se lo llevó, y me contento con asirme a lo que nos queda, el circo, el acueducto, las grandes calzadas, vías imperiales que nos dan claro testimonio de la vicecapitalidad de Toledo en el ámbito inmenso de aquel Imperio que no se podía gobernar desde Roma sin el establecimiento de cabezas provinciales, grandes urbes, como fue Toledo... Ya estamos en la noche de los tiempos que nos lleva a los Hércules míticos y al Hércules mitológico. Pedro I, el Justiciero, el Cruel, nos dejó documento legitimador de capitalidad, cons-

rancia de ser Toledo ciudad real y de ser su pendón el pendón del rey. Carlos I la hizo capital de un imperio del que no es necesario hablar ante tan docta concurrencia y, menos, tan a la ligera como para citar frases pomposas e imposibles puestas de sol. Sí recordaré que el César Carlos, en la escalera del Alcázar se sentía verdaderamente emperador. Son palabras suyas y no hay más que decir.

### RAZONES POLITICAS

Fue Toledo, ya lo hemos visto, capital de una España cruzada de norte a sur, de sur a norte y en todas direcciones por los vientos de la guerra, residencia de reyes batalladores, alcázar y cuartel general de la Reconquista y del Imperio. Hoy, el trono es sitio para la serenidad, símbolo y encarnación de un destino común para un pueblo que desea la paz; el rey de España es, de acuerdo con las leyes (Constitución Española, art. 56) «Jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia; arbitra y modera el funcionamiento regular de las Instituciones, asume la alta representación del Estado en las relaciones internacionales, especialmente con las naciones de su comunidad histórica...». Conviene recordar aquí a qué se llamaba comunidad histórica en la Constitución de 1812, la de las Cortes de Cádiz. En aquella Constitución primera, nacida entre el fragor de las bombas que tiraban los fanfarrones para que las gaditanas se hiciesen tirabuzones, se detalla, con las denominaciones geográficas de la época la inmensidad de este cuerpo vivo que ahora, hartado, queda definido como comunidad histórica y que era entonces territorio español y, por eso, en el artículo primero se definía la nación española, ¡qué bien suena!, como *la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios*, y era territorio español, el constituido por la España Peninsular, las provincias insulares Baleares y Canarias y las posesiones de Africa. En América septentrional, Nueva España, Nueva Galicia y la Península del Yucatán, Guatemala, Provincias Internas de Oriente, Provincias Internas de Occidente, Isla de Cuba con las de Florida, la parte española de la isla de Santo Domingo, la isla de Puerto Rico, con las islas adyacentes a estas y al Continente, en uno y otro mar. En la América meridional, la Nueva Granada, Venezuela, el Perú, Chile, provincias del Río de la Plata y todas las islas adyacentes en el mar Pacífico y en el Atlántico. En el Asia, las islas Filipinas y las que dependían de su gobierno.

De los reyes batalladores, del último César, Carlos, I, que tuvo su trono en Toledo, nos quedaba aún toda aquella España, unión de españoles de los dos hemisferios. Muchas vueltas ha dado el mundo desde entonces; los imperios de poder político-histórico-militar han sido desmantelados por las independencias que rompieron los vínculos nacidos de conquistas y descubrimientos para dar paso a imperios sin rey anudados más o menos subrepticamente por vínculos económicos reforzados con el indispensable poderío militar. Los imperios históricos, España, Francia, Gran Bretaña, Portugal, se ven reducidos sucesivamente a su viejo solar; dos grandes imperios político-estratégico-económicos se reparten el mundo ensanchando sus fronteras y suprimiendo las colindantes mediante acciones fagocitarias, y, al contrario, multiplicándolas; así, de las diecisiete provincias ultramarinas que figuran en la Constitución de 1812, son engullidos extensos territorios: gran parte de Nueva España y Nueva Galicia, las dos Floridas, Puerto Rico y las Islas Filipinas, quedando prácticamente liberadas en España diez que a los neocolonialistas les resultan inalcanzables por razones legítimas; sin embargo, de ellas —divide y vencerás— nacen nada menos que veinte países teóricamente independientes, pero dominados; teóricamente libres, pero colonizados mediante acciones estratégico-económicas respaldadas por un potencial bélico abrumador cuya característica es la facilidad maniobrera, la posibilidad de moverse sin obstáculos por los inmensos caminos de uno y otro océano como portador de una aplastante potencia de fuego a bordo de la Armada, que actúa como argumento diplomático incontestable, apareciendo en cualquier lugar conflictivo en un plazo de horas —y frecuentemente antes de la hora H— bastándole mostrar sus cañones para decidir la suerte del contencioso político local.

Cuando esto no era suficiente, se llegaba al simulacro más o menos cruento de la batalla clásica, el desembarco y la guerra convencional; he aquí la razón de que la más importante fuerza de tierra del imperio está formada por unidades que en otros países tienen una presencia poco menos que simbólica: la Infantería de Marina —que es, por cierto invención española— y que ésta, la Marina, la Armada, integre las más poderosas unidades de la fuerza aérea sobre las pistas flotantes de sus gigantescos portaaviones.

Respecto al otro gran imperio podríamos hacer consideraciones similares, aunque sus acciones de imperialismo económico se apoyan —por razones geográficas —en una potencia militar de tierra, incluso

en las misiones de su Fuerza Aérea, y en la utilización del arma ideológica aplicada a la solución de los contenciosos que requerirían grandes acciones militares, los cuales quedan reducidos, como en el caso de Occidente, a enseñar los cañones, montados no sobre plataformas flotantes sino en colosales flotas automóbiles, divisiones acorazadas y las plataformas gaseosas de muy diestras divisiones de acción ideológica.

Pero estamos en 1980, fin de una década, principio de la penúltima del siglo xx y todo ha cambiado otra vez. Los dos grandes imperios se rompen las uñas frente al ratón altivo que planta cara: Yugoslavia en Europa, Cuba en América, Corea y Vietnam, Camboya y Laos, en Asia, humillan al poder mundial, grandes países como China se salen de la órbita imperial y ejercen otro estilo de imperialismo; Canadá, Brasil, la India hacen su propia política a veces declaradamente hostil; Africa hierve y crea una Organización de Estados no homogénea —porque son reagrupamientos sin identidad nacional influidos por uno u otro de los dos grandes modelos—, pero sí prácticamente ingobernables desde los dos que fueron grandes centros de decisión. Es este un momento de confusión en el que pintorescos jefes de estados recién nacidos o recién transformados se erigen en jueces de una civilización de siglos y alteran el ritmo cardíaco de los nuevos reyes: los gobernantes de las grandes potencias. Es la hora en que si caen los Amín, los Macías y los Bokasa, aparecen los Jomeini y la fuerza de los pequeños unidos permite que el jefe de un pequeño estado como Cuba pueda hablar en la Asamblea de las Naciones Unidas con una fuerza que no se corresponde ni con su formación y su talla de estadista ni con el poderío económico y militar de los países que, por solidaridad frente a los imperios, le han concedido temporalmente su representación.

Y es este un momento nuevo, un momento en el que la confusión ha llegado, Dios lo quiera, a tocar techo. Se empieza a mirar atrás sin ira, a comprobar la debilidad del poder material tan trastornado por la simple rebeldía económica de unos jeques, de los beduinos del desierto en el que las fuentes niegan el agua y regalan el petróleo. Y aquí estamos, aquí está España descubridora, pobladora y creadora de un mundo que hoy cuenta con trescientos millones de almas ligadas a la madre común y salidas de madre, invadiendo pacíficamente los Estados Unidos de América, nación en la que cuando corra el champán de la última noche del siglo xx, puede haber más ciudadanos hablando español que cualquier otra lengua.

Cayeron los imperios de la conquista y la ocupación, están desacreditados y en crisis los grandes imperios económicos que luchan por la supervivencia sustituyendo las banderas por las marcas registradas, las divisiones por las multinacionales, los marines por la IBM y la General Motors, la Internacional se colorea en los europartidos y quedan en pie valores que parecían muertos: por ejemplo, la Hispanidad, por ejemplo la espiritualidad. El rey de España conmueve a los pueblos que volvieron la espalda a la Madre Patria creadora de una raza nueva; el obispo de Roma hace resonar su voz encendiendo entusiasmos y aunando voluntades en todo el orbe: es la hora flagrante, frutal del Imperio Español, un imperio pacífico, cultural, industrioso, artístico, un imperio sin virreyes, sin lanzas, sin inquisidores, en el que el Nuevo Siglo de Oro de la Literatura es hoy mismo, ahora, con escritores que milagrearán nuestro idioma; es la hora en que el Imperio puede ser otra vez: la hora de las Españas hermanas y pariguales; es la hora en que Londres, París, Washington, Moscú han perdido la magia de las decisiones inapelables; es la hora de una capitalidad sin predominio ni vasallaje, de España casa solar de las Españas; una hora nueva en la que Toledo ofrece su imagen histórica universal, incitante y singular, como sede posible de un centro de unión de voluntades, de quehacer solitario, de esperanza para un futuro común; Toledo, pieza central de un gran retablo armónico, del mosaico reconstruido con las piezas dispersas del viejo imperio desmoronado.

### *RAZONES CULTURALES*

Y tras este modestísimo y mal trazado repertorio de consideraciones históricas que debéis, no a mi paciencia investigadora, sino a la enamorada actividad de quienes descubrieron y estudiaron y glosaron los documentos que las fundamentan, haré mención, breve también, de las razones culturales. Y aquí voy a poner el mayor énfasis, porque esta capitalidad le es indispensable a Toledo y porque debe ser reconocida y ejercida desde ahora mismo sin necesidad de que el trono traslade su sede aquí, que eso vendrá después, si Dios lo quiere, y es tarea larga que requerirá complicados y difíciles trámites políticos y burocráticos. Reconquistar para Toledo la capitalidad cultural de España es tarea obligada de los ciudadanos de esta ciudad, de sus regidores, de sus instituciones, del profesorado todo —desde la EGB hasta los claustros uni-

versitarios—, del cabildo catedralicio y, sobre todo, de esta Real Academia.

No es esta, afirmación de mitómano, sueño tartarinesco ni fanfarronada; no voy a hablar de aparecidos ni siquiera de dudosas tradiciones orales; voy a mencionar testimonios válidos y hechos culturales que fueron fundamento de la civilización occidental. Si el Renacimiento supuso para Europa el rescate de la cultura grecolatina incendiada, arrasada, convertida en cascotes y sepultada en las tinieblas de la Edad Media, Toledo fue crisol y puente para la síntesis y la expansión de las culturas árabe y judía con las europeas.

Recientemente, en 1979, ha celebrado el mundo de la Hispanidad el milenario del nacimiento de la lengua española en el monasterio de San Millán de Suso, donde se escribieran las "Glorias Emilianenses", primer testimonio escrito en un lenguaje que ya no es latín, sino otro idioma que lentamente va formándose en Castilla, que se expande con ella y termina oficializándose como lengua española aquí, en Toledo, aquí, en la que fue capital de la España visigoda, latinoparlante en la anterior etapa de unidad nacional. El castellano balbuciente de las glosas que un fraile desconocido escribió en el siglo X, es, tres siglos más tarde —cuando Gonzalo de Berceo en el mismo cenobio escribe poesía castellana, la primera, la *quadernavía*—, enriquecido por trescientos años de crianza, de envejecimiento en los viejos odres del latín hispano, entregado a Toledo como ciudad culta, guardadora fiel de su pureza impura. No hago con esto un juego de palabras; el castellano era lengua mestiza, hija del roce, del ayuntamiento, entre el latín oficial y los dialectos cántabros y vascones, alimentado con voces iberas y celtas, entreverado de árabe, impuro como un caballo purasangre inglés, como un perro purasangre pastor alemán, como unos versos de Berceo, de Alfonso X, como una media granáina o una seguidilla cordobesa o un parao mallorquín; impuro y hermoso como nuestra raza generadora de razas y pueblos y pobladora, evangelizadora, madre y maestra.

Voy a dar lectura, en español de hoy, a un breve fragmento del libro *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, del doctor don Francisco de Pisa (1605). En el Libro I, Capítulo XXXV, refiriéndose a las cortes convocadas en esta ciudad por Alfonso X el Sabio poco después de iniciar su reinado, dice, entre otras cosas:

«...ordenó... que si de allí adelante en alguna parte de su reino hubiese diferencia en el entendimiento de la algún vocablo castellano antiguo, que recurriesen con él a esta ciudad, como a metro de la

lengua castellana: y que pasasen por el entendimiento y declaración que al tal vocablo aquí se le diese, por tener en ella nuestra lengua más perfección que en otra parte».

Hablaba en otro momento de este toledano ilustre y no demasiado popular en su ciudad natal; el más ilustre escritor nacido en Toledo, el más ilustre español nacido en la Imperial Ciudad, pues fue emperador y no hemos parido otro que yo sepa (es posible que en este auditorio no falte quien me contradiga con razón). No voy a detallar aquí la obra literaria, la ingente obra literaria de este rey, pero sí puedo afirmar que no hubo monarca alguno en España, ni posiblemente en la historia de la Humanidad, que hiciese, personalmente, por la cultura, más que este rey castellano, hijo del Rey Santo, descendiente, quizá —si me equivoco acepto desde ahora la rectificación y el palmetazo— de don Pelayo, que dio en matrimonio una hija a Alfonso I el Católico.

Pero antes de seguir adelante, voy a permitirme un brevísimo comentario, más emocionado que erudito, en torno al nacimiento de este idioma hermoso, el español que hablamos en España y en las Españas; el idioma que se hizo a sí mismo en aquellos siglos que los historiadores llaman oscuros, y lo fueron, el idioma vivo, el idioma que es como un hombre que, en medio de tanta oscuridad, barbarie y sangre, fue construido por analfabetos y nació de la incultura para convertirse en una de las lenguas más hermosas de la Tierra y en uno de los más eficaces, gigantescos, oceánicos instrumentos de cultura y espiritualidad, en el más activo medio de comunicación del mundo occidental, en progresión constante, creciente en el continente americano. Pronto, la comunidad hispano-hablante será lingüísticamente oficializada en Estados Unidos, dando una inmensa nueva área de culturización a este idioma de dioses. Y esto último, lo de hablar con Dios, no es cosa mía; lo dijo Carlos el emperador que era I de España pero, también, V de Alemania y fue políglota, porque quiso, que los reyes con una lengua se bastan y a la suya habían de acomodarse los demás.

Nace el español antes que el castellano y el castellano antes que el español. Porque anterior a esta lengua nuestra hubo otro español, el de las bodas entre el latín y las lenguas peninsulares, el español de la primera España nación, la visigoda. De él viene la mayor parte de este idioma nuestro que no es el castellano porque el castellano fue su armazón, su núcleo, su vía de formación y expansión y uno de los muchos dialectos que lo formaron: el común integrador.



Hablaba antes de las «Glosas Emilianenses», primer documento histórico escrito en el español cuyo milenario se ha celebrado ahora, aunque pudo celebrarse igualmente hace medio siglo. Hay documentos anteriores escritos en latín y con anotaciones en español, las «Glosas Silenses», pero en las emilianenses aparece por primera vez un texto completo, y es una oración.

Hay un español escrito y hablado anterior a las glosas. Un español escrito con caligrafía árabe. Los mozárabes conservan en lengua española su liturgia y sus costumbres. En la España musulmana se habla la aljamía; la población era bilingüe y los documentos se escribían con signos árabes, con esa hermosa caligrafía que era el más bello motivo ornamental en su arquitectura. Al leerlo, se evidencia que la grafía islámica documentaba voces hispanas, representaba palabras no árabes, españolas.

Pero hay más; en poemas arábigos-orientales aparecen palabras españolas formando parte del idioma árabe en el que, introducidas por los mozárabes cordobeses, llegan hasta Damasco y Bagdad y son tan árabes como españoles: alcázar, aljibe, guarismo, guadamecí, que vienen del árabe... guardia, y guante, que no son árabes sino germánicas, o canoa, que nos viene de América y que son español.

Y aquí nos encontramos con otro hallazgo feliz: los árabes españoles componen un tipo de poema o canción, la *muwassaba* que los hispano-judíos convierten en *muasajas* y enriquecen con la primera poesía española conocida, la *jarcha*, anterior al Mío Cid, anterior a Berceo y absolutamente original y española; es como una guinda andaluza puesta en el remate de la *muasaja* importada, y en ella se mezclan palabras árabes, palabras enamoradas, porque es amorosa la poesía que llega de Oriente, enamorada como el Cantar de los Cantares.

Judá Halevy, vecino que fue de esta ciudad, navarro de nacimiento, judío, filósofo, médico y poeta, nacido en el siglo XI, desciende hasta Andalucía y escribe en árabe y en español: de él es esta jarcha en la que una muchacha enamorada al saber que su amado está enfermo, exclama:

Vayse meu corachón de mib  
 ¿ya, Rab, sise me tornarad?  
 ¡Tan mal meu doler li-l-habid!  
 Enfermo yed, ¿cuando sanerá?

Es poesía española, y en ella aparece el árabe (li-l-habib): «por el amado».

Mi corazón se va de mi  
 ¡Dios! ¿Acaso me retornará?  
 ¡Cuánto dolor *por el amado!*  
 Enfermo está, ¿cuándo sanará?

¿Por qué ese «li-l-habib»? Posiblemente porque los hebreos llamaban a estas, «canciones de amigo» y eran canciones de enamorado, y, qué cosa más curiosa, en esto proceden como en el idioma inglés, en el que la palabra «friend», amigo, tiene también la acepción de enamorado: «boy-friend» es lo que aquí llamamos —o llamábamos— novio y reservan otras palabras para el amor y para el compromiso: «loved» para el amado, «bride» para el prometido o el recién casado. En árabe, amigo es «sahibib», amado es «habibi»; «li-l-habib» es, «por el amado».

Puede parecer que me estoy extendiendo más de lo debido en esta digresión lingüística; luego veremos que no, porque es fundamental para el entendimiento del papel que Toledo tuvo en la creación del idioma español y del por qué fue capital de la cultura de la patria nueva y tiene títulos para serlo otra vez.

Una observación absolutamente innecesaria, pero que me resisto a silenciar es que los primeros testimonios de la lengua española precastellana son poesía, las jarchas, poesía amorosa; después, ya en período de formación del español aparecen las glosas emilianenses. «Con la ayuda de Nuestro Señor Don Cristo, Don Salvador..., etc.», oración piadosa, y más tarde el cantar del Mío Cid, poesía oral, crónica vivida a caballo de la Reconquista: Supermán, Rodrigo Díaz de Vivar, cantando de memoria en romances que eran los fascículos de aquella cultura. En el tiempo, la jarcha, la glosa y el cantar llegan por este orden; la lengua española, anticipándose diez siglos a las actuales actitudes juveniles, hizo primero el amor, después la guerra.

Observemos también que en el nacimiento de nuestra lengua la poesía es antes que la prosa y la oración —si bien, traducida—, antes que ambas.

No sucede así en otras lenguas; Dámaso Alonso observa, aguda e ingeniosamente, que mientras el más antiguo escrito español es una oración devotísima, exaltada y gozosa, el primer texto francés es político, nace en Estrasburgo en el año 842 con motivo de un pacto entre dos nietos de Carlomagno, Luis el Germánico y Carlos el Calvo; Luis, el

alemán, jura en francés para que le entiendan sus aliados, y Carlos, el francés, lo hace en alemán: la alianza tenía fines políticos no muy edificantes: luchar contra el tercer hermano, Lotario, y les salió bien, lo mataron. El italiano nace en un documento que llamaríamos certificado de registro de propiedad: en Capua, un juez sentencia en pleito por la propiedad de unas tierras; el escrito recoge el juramento de tres testigos a favor de uno de los litigantes; el abad de Montecasino. Dios y el español, la política y el francés, los bienes terrenos y el italiano.

Cuando Alfonso VI conquista Toledo en el año 1085 hay en España tres grandes áreas lingüísticas: la leonesa, la castellana y la aragonesa; el gallego es dialecto portugués y el catalán se forma con el aporte provenzal. El latín gótico, entreverado de ibero y martilleado beneficiosamente por la cultura árabe, se descalabra con fricciones fronterizas que van granando en dialectos parientes, pero diferenciados: montañés, burgalés, riojano, toledano, andaluz, vasco, navarro y aragonés van haciendo un romance común al que llaman *habla rústica*, pues la culta era el latín; corren la península reyes y soldados y construyen sobre la conquista un lenguaje que los trovadores dignifican y los poetas ennoblecen: son los trovadores quienes primero se afirman orgullosamente en el idioma como realidad viva, digna y aceptable a la que empiezan a llamar *nostra lingua*; así lo hacen constar los escribanos y la lengua navega, animada por el viento de la historia, al paso de los reyes que se titulan ya emperadores.

La unificación del romance es obra de nuestro paisano, el de la calle de Jardines, tantos años llamada de Alfonso X el Sabio en el nomenclator oficial —y aprovecho la oportunidad para solidarizarme con el dictamen de esta Real Academia cuando recomendó devolverle su vieja y nunca perdida denominación, ya que, por si no fuese la del uso suficiente razón, Toledo fue finalmente generosa y agradecida con nuestro Real, Imperial y Sabio paisano al honrarle monumentalmente en el renovado paseo del Miradero al que tantas horas gratas debe mi adolescencia enamorada—. Aquel mosaico de lenguas mestizas fue para Alfonso X una ineludible tentación, un acicate y —como ahora se dice y no sin acierto— un desafío. Embarcada España en la enorme aventura de constituirse nación, patria de todos los reinos empeñados en la Reconquista, Alfonso X decidió que el destino común necesitaba un idioma común, que si su reino era ya imperio, no podía llevar en su aima colectiva la Torre de Babel.

Pero sabio auténtico, participe en el ejercicio de las ciencias y de la literatura, Alfonso X respetaba el gran caudal, el ingente y multifacético tesoro de las culturas árabe y judía. Batallador como todos los reyes de su tiempo, no ignoraba que en la guerra mueren los hombres y arden las bibliotecas, se dispersan universidades y academias y marchan al destierro hombres eminentes; a los sabios les entorpece y desasosiega el ruido de las armas. Por eso convirtió a Toledo en un hospital de salvación del Saber, en un invernadero rico y fructífero, en un mendeliano jardín creador de genéticos cruces científicos nacidos de la convivencia, en el centro cultural más importante de su época, y aquí se realizó la síntesis valiosa y perdurable de las culturas. En Toledo reunió a juglares, trovadores, médicos, matemáticos, juristas, historiadores, astrónomos, lingüistas, hizo de la Escuela de Traductores la más importante herramienta de trabajo de una civilización nueva por superposición de todas las sabidurías antiguas; allí Domingo Gundisalvo, hoy tan famoso, y el judío Avendehut tradujeron lo que podría ser el puente entre la filosofía oriental y la grecolatina; por ese puente, enriqueciendo a Aristóteles, podríamos decir, en corto y sin más precisiones, que nos llegó la Escolástica.

Pero esto, con ser importante, lo realiza conjuntamente con la institución del idioma español: legitimó la *nostra lingua* y la hizo Lengua Real, aceptó el habla del pueblo que sólo era escrita de mano de los poetas que son siempre en literatura la gente más atrevida, y aun desvergonzada, y dio a la prosa española alas imperiales.

No fue la suya una decisión fácil; la razón y no los sentimientos, la justicia y no el afecto, la cabeza y no el corazón fueron los institucionalizadores de nuestro idioma. Recordemos que aquel rey poeta había escrito las Cantigas en gallego, que su alma de artista había elegido la lengua galaica para relatar los milagros de Nuestra Señora, y comprenderemos cuán mercedadamente se le llamó *el Sabio*, porque sabio fue, sabio activo y no mecenas, que era entonces papel de príncipes y obispos: gustaban los poderosos de hacerse rodear por artistas y mantenerlos como criados; escribió mucho y dirigió personalmente obras que llenarían la vida de un Menéndez Pelayo o de un Sánchez Albornoz; en algunas miniaturas de sus códices aparece el propio rey —rodeado de amanuenses músicos y cantares— en actitud de dictar, corregir, ensayar. Escribió libros de astronomía, redactó con Las Partidas el primer Código de Justicia y Derecho de la nación reemprendida. Y es posible que sin Alfonso X no existiera el ajedrez.

Toledo, insisto, fue entonces una Gran Academia de todos los saberes, y esta condición se mantuvo a lo largo de varios siglos: Toledo es metro de la lengua, Toledo es Garcilaso y Egás, Cervantes y Juan de Borgoña, El Greco, Galdós, Villalpando, Berruguete, Jordán, Teresa de Jesús, Gregorio Marañón, Lope, Covarrubias, Rey Pastor, Medinilla, Rojas, Claudio Coello, Bécquer... y ustedes. Pero, ¿a qué más palabras? Todas pude ahorrármelas; basta salir a la calle, andar por Toledo y —perdonad el tópico, pero los tópicos, ya lo dije antes, son verdad— y las piedras, los muros, los salones, los templos y hasta las cicatrices del Alzazar nos contarán la historia de la cultura española.

Grande pudo parecer mi osadía cuando anuncié el tema de este modesto discurso, modesto por mi desmaño, ambicioso por su intención que casi tiene aires de jactancia y desacato. Pero ahí están las razones: razones históricas, razones políticas —y al exponer las políticas han emergido por sí solas, pues son una misma, las económicas— y razones culturales. Y son estas últimas de tanto peso, que la capitalidad cultural debe ser instalada desde ahora mismo, y yo me atrevo a proponer en este momento —perdón, no sé si el reglamento lo permite, pero en tal caso incurro en falta, me salto el reglamento, incumplo la norma y que sea lo que Dios quiera— propongo que en esta Real Academia se nombre una comisión que, con entusiasmo y fe de ello mueva las acciones oportunas, obtenga el apoyo de nuestras autoridades, incordie cuanto sea menester, agite conciencias, asigne trabajos, aúne esfuerzos y consiga en el más breve plazo posible que las Cortes de España concedan a Toledo la capitalidad cultural del Estado.

Mas no terminan ahí nuestras aspiraciones; no deben terminar. Nuestro deber, fijaos que no hablo de derecho ni privilegio, nuestro deber es ofrecer en Toledo sede al Trono, residencia a la familia real; a don Juan Carlos I a doña Sofía y a sus hijos; a ellos y a los hijos de sus hijos y a cuantos en los siglos venideros ciñan la corona y empuñen el cetro de España.

Nuestro deber de toledanos es consecuencia y dimensión de nuestro privilegio: nuestro pendón es el suyo; suyo y nuestro es el Alcázar.

En el *Libro de lo que contiene el prudente gobierno de la Imperial Toledo* (1635), de Juan Sánchez de Soria que sirvió al Ayuntamiento de esta capital por espacio de cuarenta y tres años y fue su escribano mayor, se hace minuciosa relación del solemne ceremonial con que nuestra ciudad alzaba pendones, se abanderaba, con ocasión de las sucesiones reales. Nuestro pendón que era el del rey, pasaba del alcalde, ante el

pueblo congregado en la plaza, a manos del alférez mayor, que lo tremolaba, llevándolo luego a la catedral donde era presentado al cabildo que le concedía honores de antifona, salmos, solemne Tedeum y procesión, para dirigirse a continuación, pueblo y concejo, a los Alcázares Reales.

«La puerta está cerrada, y el alférez mayor, con el asta del pendón toca tres veces la puerta diciendo: *Alcayde, Alcayde, Alcayde, estais abi: Oid, Oid, Oid*».

El Alcayde responde: «*¿Quién llama a las puertas y Alcázares Reales?*».

Y allí, en nombre de todos, de la ciudad toda, el alférez mayor responde: «*El Rey*».

En un notable trabajo del conde de Cedillo, don Jerónimo López de Ayala, describe este ceremonial y los que se desarrollaban con motivo de tales celebraciones en otras ciudades como Avila, Segovia, Palma de Mallorca, La Laguna, capital de Tenerife y aun Burgos, que con tanto celo pleiteó su preferencia respecto a Toledo en las Cortes de Pedro I y de su padre don Alfonso. Y concluye:

«Los honores que con motivo de las regias proclamaciones se rendían al pendón que se ostentaba en Toledo, superaban en mucho a los que en iguales circunstancias se otorgaban a otras enseñas reales y municipales. La profunda reverencia que se le hacía al recibirle la ciudad descubierta y en pie, esa guardia de regidores y jurados que durante tres días con sus noches le custodiaba en las Casas del Ayuntamiento; el levantarse el pendón, no ya sólo en nombre de la ciudad, sino "*en nombre de estos Reynos*"; el entrarle en la catedral por la puerta del Perdón y no por otras; es decir, por la puerta que se abría para recibir a los reyes, príncipes y prelados la primera vez que iban a Toledo; ese ceremonial solemnisimo, dice ya mucho en esclarecimiento de lo que se creía ver en el pendón o estandarte toledano. *En fin, y es lo más significativo, a la pregunta del Alcaide del Alcázar, que quién llamaba a sus puertas, el alférez mayor no contesta que es la Justicia, ni que es Toledo, ni que es el pendón real; contesta que "es el Rey". Y las puertas se abren, y el Rey, representado entonces en la simbólica enseña y en los ministros que la sustentan y escoltan, toma posesión del Alcázar y cerradas de nuevo las puertas, asciende al punto culminante, a la torre del Atambor, para que Toledo entero, y en él España, le vea. y le reverencie*».

Hablaba, al principio de este apasionado y quizá laberíntico discurso, de otras razones: las ambientales. Y os pregunto ahora: ¿No ha surgido por sí solo el ambiente en este discursar escaso de erudición y sobrado, posiblemente de orgullo filial? El ambiente se respira en este salón, en esta calle que es la de Esteban Illán o Esteban Hambrán; el ambiente es ya un algo muy perceptible: dejó de ser "un no sé qué", al conjuro de los nombres y de los recuerdos, en la evocación de Wamba, qué buen rey, Wamba, deberíamos aprovechar los toledanos ese buen recuerdo que dejó entre nosotros; no se le dedican conmemoraciones ni justas poéticas ni menciones especiales en las aulas; en honor de Wamba deberíamos hacer todos los años una gran fiesta, una fiesta alegre, para los niños. ¿Os dais cuenta?; apenas si nos hablan de él algunas piedras y, sin embargo, su nombre nos sonríe. Yo creo en la memoria biológica, en la presencia viva de los recuerdos a través del mensaje cromosomático; los toledanos nacemos con la imagen heredada de Wamba; creo que sus cenizas deberían ocupar un lugar más al paso de nuestros pasos y salir anualmente en procesión; no sé por qué este afecto mío por Wamba, pero, estoy seguro, me llega de lejos, y aunque parezca un disparate, me lo imagino como un John Wayne godo, caballador, tranquilo, el norteamericano con aires de Cid, el que mandó escribir su epitafio en español: *Fuerte, feo y formal*, y a fe que feo no lo fue, sino buen mozo y muy hombre, muy varón, como sin duda lo fue Wamba. Pero dejemos en paz a los muertos, que ahora hablo de vivos por la gracia de Dios, del rey que nos reina y de los que aún vendrán, y aun de los no nacidos que la historia pondrá en el Trono y registrará en sus anales.

Pienso en una corte toledana, en un rey asistido en lo espiritual por la proximidad esclarecedora del cardenal primado; en un rey asistido de hombres sabios, arbitrando la política sin la proximidad inmediata de los empeñados en las pequeñas contiendas de administrar y de oponerse, de legislar y reformar las leyes, importunando a la Corona con menudos pleitos que son, a veces, tempestades en vaso de agua; asistido de sabios, digo, cual un nuevo Alfonso X, en estos confusos momentos de transición universal en los que el hombre está pasando de una era a otra, de una cultura a otra; entregado a la ordenación y conservación de la cultura válida, de lo que de aprovechable para la humanidad haya en lo realizado hasta ahora, y a la *traducción*, es decir, a la interpretación de la cultura que se verá expresada en el lenguaje de la que está llegando al son de unos tambores, de unos tam-

tanos y de unas trompetas que aún no logramos entender y nos preocupan tanto que la gente prefiere despreocuparse del todo y de todo, oír y no ver; el hombre anda medio pirado dejándose comer el coco por la televisión, el sexo, los profetas himalayos o neoyorquinos, el porro, la música en aullador frensí colectivo, el frigorífico último modelo, la unisexificación, el ir y venir sin saber a qué... ¿Veis?: «pirado», «comer el coco», «porro»; hay un lenguaje en estos días que, posiblemente, no pasa de ser jerga pasajera, pero hay otros lenguaje de hechos; fenómenos que parecen sacados del Antiguo Testamento, movilizaciones de millones de fanáticos que gritan no saben qué, matanzas como la de la Guayana, un suicidio colectivo que sólo se producía ya en inexplicables arribadas de ballenas al moridero elegido, pueblos que huyen por millares y cientos de millares arrojándose a los mares de Asia en mínimas embarcaciones, papas que se autoungen en un Palmar sevillano, niños muertos sin nacer, carcamales ancianos y enfermos gobernando a tuestas, sin fe en lo que hacen, de espaldas a un mundo joven y diferente.

Toledo podría ser otra vez crisol de culturas fundiendo la nueva con la antigua como fundió las de latinos, árabes y judíos a la sombra del Alcázar, de un Alcázar animado y vivo por cuyos jardines correría el júbilo alborotado de las infantas y los príncipes niños.

Que así sea si es voluntad de Dios.

ANGEL PALOMINO JIMÉNEZ  
*Numerario*



**DISCURSO DE CONTESTACION AL NUMERARIO  
ANGEL PALOMINO JIMENEZ POR LA ACADEMICO  
ESPERANZA PEDRAZA RUIZ**

Eminentísimo señor, excelentísimas autoridades, ilustrísimos señores académicos, señoras, señores:

No es tarea fácil contestar en breves y sencillas palabras a la pieza literaria que acabamos de escuchar.

Hablar después de Angel Palomino es atrevido y expuesto.

Es preceptivo que el académico electo designe al que le ha de contestar, y Angel, en un momento de humor, me eligió a mí para hacerlo.

Hoy nos ha sorprendido con un discurso en el que propone, muy seriamente, la posibilidad de que Toledo vuelva a ser la capital de España, algo que todos los toledanos sentimos y que nunca nos atrevimos a pensar que pudiera ir en serio, lo que tan serio fue a través del quehacer histórico de Toledo.

Ya mi buen amigo y compañero de academia, Guillermo Santacruz, en una de las sesiones, lanzó la idea de hacer de Toledo la capital cultural de España y es ahora Angel Palomino quien, aduciendo razones históricas, lingüísticas, culturales y políticas nos ha convencido que Toledo reclama por sí misma la capitalidad del reino.

Antes de esbozar la personalidad del nuevo académico como exige todo discurso de contestación, mi condición de archivera impone que confirme, con el rigor histórico del dato, lo que nos acaba de decir.

Pena da escudriñar en los archivos y ver lo que Toledo es y lo que fue.

Arrugados pergaminos escritos en latín romanceado rezan: «Yo Alfonso por la gracia de Dios rey de Castilla y de Toledo... —una interminable intitulación después—, pero siempre Toledo en primer lugar. Y así lo repetirán todos los Alfonsos, Enrique, Sancho, Pedro, hasta los Reyes Católicos, y más osado aún el rey Santo dirá: «Yo Fernando por la gracia de Dios rey de TOLEDO y de Castilla».

Plinio, en la más remota antigüedad, la llama: "Caput celtiberiae segobiicensis, carpetanie toletani, tago flumine imposit" palabras que explican lo que siempre representó Toledo.

Motivaciones religiosas harán de Toledo la capital espiritual del reino.

Urbano II en una bula fechada en 1088 concede a Toledo sea reconocida como sede primada, en razón que ya lo fueran en la antigüedad los preladados de esta ciudad.

Alfonso VI que se intitulaba emperador de España, fija en Toledo la corte del nuevo imperio y la llama Ciudad Imperial, cabeza del imperio toledano y de España.

Alfonso VII se proclama rey del Imperio de Toledo y concede como divisa a la ciudad, un emperador sentado en el trono, coronado y vestido con capa de oro, cetro y espada en ambas manos, símbolos del poder y la justicia.

Alfonso X, hablando del rey Wamba —el rey godo que 'siempre toledano' quiso quedarse con nosotros y presidía el paseo de la Rosa hasta hace pocos años, a quien los niños llamábamos el rey chato por haber casi desaparecido su nariz, blanco de las agresiones líticas de la gente menuda— en un documento fechado en Palencia el 13 de abril de la era de 1312, nos cuenta que, después de las cortes de Burgos, al pasar por Pampliega donde estaba enterrado el rey godo, mandó cavar de noche, el sitio donde su padre el rey Santo le indicara. Lo relata en esta forma: «E quiso Dios quel fallamos allí ó nos dicie. E porque viemos que en el lugar non habie monasterio de ninguna religion, nin tanta clerecia porque él yaciese y honradamente, nin iglesia porque él pudiese y (allí) haber su sepoltura qual le conuinie, tomámoslo ende, emandámoslo levar a Toledo a enterrar, que fue en tiempo de los godos cabeza de España e ó (donde) antiguamente los Emperadores se coronaban; e otrosí porque este fue uno de los señores que nunque ovo, que más la honró e mayores fechos fizo della».

El 30 de abril de 1284, Sancho IV quiso ser proclamado rey en Toledo.

Pedro I en un documento definitivo —anteriormente citado por el conferenciante—, afirma que «Toledo es cabeza del Imperio de España desde el tiempo de los reyes godos acá».

Juan II le da el título de Muy Noble y Muy Leal.

Alfonso VI distingue al arzobispo Bernardo con el supremo honor de que él y sus sucesores, puedan juzgar a los arzobispos, abades y clérigos del imperio.

Estas y otras muchas razones, que la brevedad del tiempo nos impiden exponer, motivan que Angel Palomino reclame para Toledo su capitalidad perdida en tiempo de Felipe II, un rey que, al fin y al cabo, no era toledano, como lo fuera el rey Sabio o Palomino.

Innecesario fuera explicar a este selecto auditorio quién es Angel Palomino, pero su polifacético «curriculum» sorprende a los más íntimos.

Nace en Toledo en la calle de las Tornerías.

Pasa su infancia en el taller de su padre junto a la iglesia de los Trinitarios, frente al palacio del obispo donde tienen su sede las congregaciones marianas, a las que los toledanos vulgarizamos con los nombres de luises y koscas, donde Angel juega y reza, pasa las tardes y alguna que otra noche, teniendo que dormir en una de las mesas de billar.

Estudia el bachillerato en los hermanos Maristas.

A los quince años está en la Universidad de Madrid, donde estudia ciencias químicas.

La guerra civil le convierte en teniente de Infantería y al terminar le vemos en Africa, como instructor del ejército del jalifa de Marruecos.

Se casa, tiene un hijo y escribe un libro.

Regresa a España como profesor de historia y geografía militar de la Academia de Infantería de Toledo, llegando a la graduación de comandante.

De repente, Palomino se da cuenta que necesita escribir, que sabe escribir, que su vocación es la literatura, no en vano escribe desde niño.

Gana varios concursos literarios y periodísticos, colabora en diarios y revistas de las más diversas características, «ABC», «El Ejército», «El Alcázar», donde mantiene una sección denominada «el hombre de palo», «Pueblo», «Telm-Hotel», «Imparcial», «Ya», «Faro de Vigo», «Heraldo de Aragón», etc., y sobre todo «La Codorniz» que es su cordón umbilical literario, ya que mantiene en la revista de humor una colaboración constante más de veinticinco años.

Esta irresistible llamada a escribir le hará más tarde dedicarse exclusivamente a la literatura y será literato en todas sus facetas y versiones: novelista, poeta, crítico, ensayista, director de publicaciones de la editorial Cremades, cristalizando todo ello en el humorista.

De su pluma saldrán obras de todo género: *Mientras velan las armas*, su primer libro casi infantil. Es una colección de relatos históricos.

Como novelista publica *El César de Papel, Todo incluido*. El amor hará el milagro de convertir a la antipática burocracia a través de papeles y ventanillas.

*Zamora y Gomorra*, novela donde la maledicencia y chismorreos de las ciudades pequeñas deja marcada a su víctima. Es el primer «vendidísimo» premio Club Internacional de Prensa.

De estas dos obras se han editado cerca del millón de ejemplares.

*Madrid, Costa Fleming*, novela que siendo tercera en la calificación del Planeta, es el número uno en ventas.

*Memorias de un intelectual antifranquista*. Nos cuenta la trayectoria de un falangista que va tomando posiciones a medida que intuye cambios futuros y que, escrito con anterioridad a los hechos resulta profética, describiendo conductas que la realidad ha superado ampliamente.

*Divorcio para una virgen rota*. Con esta novela fue finalista en el Premio Planeta. Es el testimonio de un fulminante cambio de costumbres en nuestra Patria: la amante entra en la sociedad, los matrimonios se rompen y conducen a uniones más o menos estables, pero admitidas en todos los ambientes.

*Las otras violaciones*. La mujer sufre el atropello de la violación, y piensa que nada peor puede ocurrirle, pero lo peor viene después, cuando el violador exige que se cumpla escrupulosamente la ley; las leyes son su mejor defensa.

Ángel Palomino es también un poeta y lo muestran obras como: *La luna no se llama Pérez* —aunque él dice que no es poesía—, y para no caer en la tentación de querer ser poeta, introduce en el poema los ingredientes antipáticos del argumento y el humor, escribiendo un segundo tomo de lo que él llama versos de humor: *La luna se llama Pérez*.

Como ensayista estudia el «boom» turístico español, tan mal entendido por los españoles, en: *El milagro turístico y Carta abierta a una sueca*, cuyo fenómeno erótico, explicado con el humor que le caracteriza, la sueca casi nunca es sueca y casi nunca fácil.

En narrativa breve tiene publicadas más de mil obras en revistas y diarios, a más de cuatro libros. En este género literario obtiene el Premio Leopoldo Alas con la obra *Suspense en el cañaveral*, el Premio

«La Felguera» en *Un jaguar y una rubia* y el «Hucha de oro» en *Tú y tu primo Paco*.

Selecciones Austral ha editado sus mejores cuentos en una antología titulada *Plan Marshall para cincuenta minutos*.

Pero héte aquí —como diríamos en los cuentos— que de la noche a la mañana Angel Palomino se ve convertido en director del hotel, ¿cómo este cambio tan insólito en su vida? José Meliá necesitaba un director para el Hostal del Cardenal de Toledo y no era fácil encontrar un director profesional de categoría: entonces decide confiárselo, y desde este momento cada día regirá establecimientos más importantes.

El mundo de los negocios le llevará a viajar por todo el mundo y hoy es considerado como uno de los mejores técnicos en esta profesión, no sólo por su labor como director, sino por su actividad de promoción en el extranjero y por sus constantes colaboraciones en revistas especializadas.

Y como Angel todo lo que toca lo hace bien, ha sido condecorado con la Cruz de San Hermenegildo, es Medalla de Oro al Mérito Turístico. Está en posesión de la Gran Cruz de Caballero de la Orden de Medahuia, miembro de la Asociación Internacional de Críticos Literarios, ex presidente de la Asociación Española de Escritores de Turismo y académico de número de la Real Academia de Turismo y Gastronomía.

Angel ha sido todo y ha ejercido las más insólitas profesiones: militar, químico, humorista, literato, poeta, hotelero, profesor, guionista de radio y televisión, conferenciante y periodista; no nos extrañaría en su sorprendente trayectoria verle de astronauta o torero.

Pero Angel, a pesar de todo y ante todo, es toledano. Un toledano que quiere a Toledo, que siente con Toledo, que tiene su casa en Toledo donde se retira a saborear sus ocios, y se le ve todos los sábados y domingos oyendo misa en su parroquia de Santo Tomás, en la Virgen del Sagrario o en los Padres Jesuitas. Ahora —me decía hace unos días— le ronda por la cabeza escribir una novela donde sus personajes sean todos esos toledanos que conoció desde niño y más impresionaron su retina y su corazón, porque Angel Palomino, aunque por su polifacetismo y sus andaduras es un ciudadano del mundo, en frase de Santa Teresa, «más vive donde ama que donde anima» y su gran gozo está en su tierra chica. Cuando le comuniqué —como secre-

tario de la corporación— la grata noticia de su elección de académico numerario me escribió una carta, tocada de humor fino, pero altamente reveladora de lo que siente por Toledo, decía:

Madrid, 19 de mayo de 1979

Srta. Esperanza Pedraza

TOLEDO

Querida amiga:

He recibido tu carta comunicándome la elección y a ella te contesto en la forma adecuada para su lectura, si procede, ante los doctos varones.

Ya te he dicho que estoy muy contento y muy agradecido, y es verdad. Sabes, que por mucho que a uno le den en la vida, lo que más le importa, lo que más le llega y le hace sentirse reconocido es lo que consigue entre los suyos, que te vean como alguien de quien pueden sentirse contentos, de quien creen recibir algo parecido a un reflejo; no tanto como el que el Real Madrid da los madrileños, pero una cosa así; que si oyen hablar de ti digan que te conocen muchísimo, que eres paisano suyo: lo de Bahamontes, de quien yo siempre me he sentido muy ufano, especialmente en Francia.

Ya hablaremos. Tengo que preparar el discurso; me tientan muchos temas y se me ponen los pelos de punta cuando veo lo poco que sé. Bueno, uno es académico artista; puedo inventarme hasta Toledo; esa es la gran ventaja: contar el viaje que no hizo Nerón a la Venta de Aires, antes Circo Romano. Ya veremos.

Un abrazo,

Este es Angel Palomino, esta su semblanza. Un toledano ilustre de quien Toledo y esta Real Academia se sienten orgullosos de contar entre sus miembros.

Muchas gracias.